

NOTICIAS Y EVENTOS

Reseña de libro:

Cuidar al otro. La carrera moral del adulto dependiente

Georgina Sánchez Ramírez

La preocupación sobre el envejecimiento poblacional ha estado señalada por más de cuatro décadas de antelación desde la demografía y la economía a nivel mundial, con una mirada más bien vinculada con “la carga” que el modelo económico neoliberal le atribuye a la población envejecida. No obstante, en los últimos 25 años, se ha dado un énfasis en la atención integral sobre este sector creciente de la población -como resultado del incremento de la esperanza de vida al nacimiento, un logro para la humanidad de la era moderna- derivado substancialmente de los Principio de las Naciones Unidas (ONU) a favor de las personas de edad. Sin embargo, esos acuerdos en donde se manifiesta la necesidad de respetar la dignidad, la independencia, la participación, la autorrealización y los cuidados de las y los ancianos por parte de los estados nación, ha quedado supeditado a las políticas sociales, intenciones y recursos de cada uno de los países involucrados. Así, hoy sabemos que en Reino Unido por solicitud expresa de la 1ª Ministra Theresa May en 2018, se crea el Ministerio de la *Soledad*, cuya finalidad principal es crear políticas sociales que ayuden a propiciar mayores relaciones interpersonales en la población solitaria, en un país en donde estiman que alrededor de 200 mil personas de la tercera edad pueden pasar hasta

Georgina Sánchez Ramírez, Especialista en Género y Salud, Profesora Investigadora del Colegio de la Frontera Sur, México. Unidad San Cristóbal de Las Casas, Chiapas

Correo-e: gsanchez@ecosur.mx

Meza, Alejandro y Escalera Alejandra, 2017. *Cuidar al otro. La carrera moral del adulto dependiente*. México. UANL. 160 pp. ISBN 978-607-27-0806-8
<http://editorialuniversitaria.uanl.mx/index.php/2017/12/01/cuidaralotro/>



Fuente: [ditorialuniversitaria.uanl.mx](http://editorialuniversitaria.uanl.mx)

un mes sin tener ninguna comunicación con otro ser humano, lo cual compromete seriamente su salud física y mental.

Si bien este es un fenómeno mundial, el tema central aquí es ¿y en México? pues no existe nada equiparable hasta el momento, más bien el panorama -a pesar de ser un país que envejece a un ritmo considerable- se muestra bastante confuso, principalmente porque no hay ni presupuestos ni políticas públicas claras sobre el cómo se atenderán las exigencias de la población mayor del país, lo cual deja brechas abismales sin puentes para transitar entre la adultez mayor, la dependencia y la muerte, para lo que se requiere el

apoyo de otras redes sociales, generalmente familiares que se verán en la necesidad de implicarse en el cuidado de quien ya no puede valerse por sí, como resultado del proceso de envejecimiento

Pero, el tema de cuidar de “la otredad” no se da de manera automática o como esperado regalo de la vida; en la mayoría de las ocasiones genera tensiones, decisiones y medidas que dependen no solo del afecto o la disponibilidad de tiempo, sino de los recursos económicos, simbólicos, morales y éticos de cada ser implicado en el cuidado de la persona dependiente. De eso trata este libro en donde Meza y Escalera exponen a lo largo de 5 capítulos un acercamiento desde la Antropología Médica enmarcado en los Derechos Humanos, al dilema que de una y otra forma enfrentaremos todas las personas en este país que tengamos familiares mayores, en el momento en que pierdan su independencia y necesiten de más personas para seguir existiendo y transitando de la mejor manera en las últimas etapas de su vida.

La pérdida de la independencia, marca así un rasgo de discapacidad; y es el acierto de este libro, por más desafiante, ya que no se trata de una guía de cómo cuidar de las personas mayores; es más bien, una mirada profunda, seria y muy directa sobre qué ocurre cuando la dependencia de la persona mayor llega a ser inmanejable por el entorno familiar -ya sea porque necesita de cuidados médicos especiales, porque su salud mental representa un riesgo para sí misma y para otros integrantes de la familia, o porque simplemente no hay un nexo emocional suficientemente fuerte como para hacerse cargo de dicha persona dependiente- lo que conlleva a la toma de decisión de reubicar al anciano o anciana en un espacio con familiares o bien institucionalizado (asilo, casa de caridad, casas de día, entre otros).

Dividido en 5 apartados, la obra desde su título sitúa el paradigma metodológico goffmaniano del que parte: *la carrera moral*, en este caso de los y las adultos dependientes; para lo cual en el primer capítulo muestran un sucinto recorrido sobre la historia contemporánea de los derechos de las personas mayores en el ámbito internacional, para enmarcar así la investigación desde los Derechos Humanos centrándose en la dignidad de la

población de la tercera edad, posteriormente en el capítulo dos, dan un contexto histórico y una problematización a través de cifras para dar paso después en el capítulo tercero, a un claro y muy recomendable marco teórico para quienes se interesan en el estudio de padecimientos a través de la carrera del paciente donde se explica de manera digerible y precisa el uso de esta metodología tan útil en la Antropología Médica. En el cuarto capítulo muestran los resultados desde la lectura del escrupuloso marco teórico, para llegar a conclusiones y algunas líneas de por dónde seguir en este tema emergente en la agenda demográfica, social y humana del país.

Para antojar con más determinación esta lectura, he decir que el capítulo 1 es una valiosa pieza que puede ser un muy útil referente a la nueva generación de estudios sobre las personas de la tercera edad en México, y me atrevería a decir en América Latina ya que sitúan el contexto normativo internacional sobre los derechos de las personas al envejecer, recordando cómo desde la ONU en 1991 se adoptaron principios para el bienestar de las personas en esas edades hasta la creación de instrumentos panamericanos -y la no ratificación de México- a la Convención Interamericana sobre protección de los Derechos Humanos de las Personas Mayores de 2015, todo esto presentado de una manera esquemática y muy pedagógica, con lo que es fácil vislumbrar la dimensión del problema del no acatamiento de leyes en pro de la dignidad humana en cualquier momento del ciclo vital, con una interesante disertación sobre el tema desde Kant hasta el cómo es tratado en la legislación mexicana actual.

En el segundo Capítulo, presentan datos duros sobre la situación de los asilos y un breve pero sustancial recorrido histórico sobre el origen de los espacios para albergar ancianos en el país, hasta llegar a la conformación de los asilos en México en general y en el estado (provincia) de Nuevo León como caso particular, destacándose dos problemas recurrentes en dichos espacios: la falta de personal profesionalizado para cuidarles -como una carencia permanente en todos los asilos- y la soledad a la que se ven expuestas las personas albergadas, con problemas para charlar y comunicar, sustancia vital para todos los seres humanos en tanto sociales, a lo largo de todo

nuestro ciclo de vida; con lo cual como ya mencioné al inicio, se agudizan los problemas de salud de este sector.

Uno de los grandes aportes de la obra de Meza y Escalera, está en su capítulo tercero, en donde presentan el marco conceptual basado en La carrera del paciente de Goffman, paso a paso, como si de una guía para principiantes se tratase. Dejando en claro para los fines del libro que el que una persona sea categorizada dentro de un grupo social -en este caso de discapacidad permanente- representa ser redefinida por normas y pautas culturales externas a sí mismas, y explican cómo esto es posible a partir de la interacción con el entorno, mencionando que “al entrar a un hospital basta una mirada superficial para distinguir a los sanos de los enfermos. Siguiendo esta primera aproximación, entendemos una categoría social como la definición otorgada a un individuo {sic} y que es relevante para alterar su destino social” (p. 55)

Como si de un tatuaje inmutable se tratara y que marca destinos, las etiquetas sociales tienen un enorme peso sobre el futuro de las personas con algún padecimiento que provoque su dependencia permanente y siguiendo este hilo de Ariadna, los autores retoman desde el paradigma de la Antropología Médica y la distinción entre los tres niveles de categorización ante un mismo acontecimiento *enfermante*: la Enfermedad, que es la definición técnica por personal profesional, el Padecimiento, que implica el vivir para sí mismo un sufrimiento entorno a la enfermedad y el Malestar, como la mirada social sobre el comportamiento de quien “padece” la enfermedad y es a partir del Malestar que la sociedad despliega todos los lineamientos para ser tratado: Derechos, conductas, intervenciones terapéuticas, dignidad o irrespeto, mediado por el poder sobre la persona etiquetada como enferma.

Posteriormente Meza y Escalera ponen un ejemplo más concreto de estas categorías que derivan en etiquetación social al mencionar cómo en el trabajo de Waxler con infantes catalogados con algunos problemas de aprendizaje, definen sus trayectorias académicas y que la forma en que las familias fueron notificadas estuvo mediado por su condición de clase -ricas o pobres- y sus relaciones

de poder con la institución escolar, impactando directamente en los menores etiquetados con dicha incapacidad, lo cual fungirá como un determinante social del bienestar de esos infantes en la adultez, afectando sus posibilidades laborales, de convivencia y otras relaciones sociales establecidas, por el hecho de haber sido considerados diferentes a los demás y por ende desiguales.

Aunado a esta clasificación conceptual, los autores, entran de lleno a la escabrosa cuestión moral de quien o quienes tiene el poder real, simbólico y determinante de etiquetar, aludiendo que no siempre se reconoce el elemento de la moral en la valoración de las y los profesionales que diagnostican, prescriben, tratan, limitan o acompañan a la persona “enferma”, “discapacitada” o “diferente”; y si ya un diagnóstico certero puede ser contundente para el destino de esa persona diagnosticada, el hacerlo de una forma errónea -por cuestiones de diversa índole como incapacidad técnica, ignorancia académica, valores sociales discriminatorios: racismo, clasismo, sexismos y demás- deviene en un futuro más cruel tanto para la persona etiquetada en una nueva condición no sana como para su entorno social.

Con todo este trasfondo en el marco teórico, dan paso a la carrera de quien enferma, honrando a Goffman de una manera espléndida, Meza y Escalera definen como carrera moral del paciente [sic] a los cambios a través del tiempo que tendrán todas aquellas personas consideradas dentro de una misma categoría social, en este caso personas adultas dependientes y sus allegados, dentro del proceso de institucionalización; teniendo la delicadeza de llevar de la mano a quien está leyéndoles, dejando en claro a qué se refieren con *carrera*, para precisar que es una serie de sucesos enlazados que llevan a las personas a un punto no necesariamente satisfactorio o grato (dependiente, al grado de ser ingresado en una institución) y donde el contexto de las personas dependientes permeará sus decisiones individuales, mezcladas con opiniones familiares, de amistades de profesionistas, de gente que les rodea y que además estará influida por la agencia que estará mediada por el poder de las y los profesionales frente a quienes se está convirtiendo en un ser discapacitado.

Los autores explican además elementos de la valoración y normatización social, poniendo el ejemplo de cómo se espera del enfermo (a) cierto rol, y que si lo trasgrede justifica un ejercicio de *poder sobre*, como sedar a personas con padecimientos mentales considerados impredecibles que incluso justifican su confinamiento, apurando la explicación de que si bien el “rol de enfermo (a)” no es usual, en el caso de enfermedades crónicas degenerativa, es pertinente su uso para el caso de este libro ya que se aplica para las personas adultas dependientes quienes sufren un gran rechazo social al transgredir la conducta que de ellas se espera - como bebés manejables, obedientes, sumisos, casi inexistentes para no estorbar- Sumado a lo anterior, está la descalificación que sobre las personas ya no productivas otorga el sistema económico imperante, si bien puede tener ciertos matices en contextos sociales diversos p.e. en comunidades rurales e indígenas en donde el trato de las personas de la tercera edad está más vinculado al efecto y al prestigio dentro del grupo social de pertenencia.

No obstante, en ambos casos los autores advierten sobre el riesgo que conlleva el que las personas dependientes están a merced del entorno (impersonal en las instituciones y emocional en el grupo social al que pertenecen) marcado por las valoraciones sociales del momento contextual en que se vive, sin dejar de señalar que para el caso de la carrera moral de las personas adultas mayores y con dependencia, es indispensable considerar que su autonomía se irá menguando justo en dicho trayecto o carrera, por tanto su Yo será definido por quienes le acompañen en dicha carrera (cuidadores, familiares, profesionales entre otros).

En cuanto a la forma en la que Meza y Escalera decidieron realizar el trabajo de campo, este se ubicó en una casa de asistencia en Monterrey (Nuevo León) para personas adultas mayores, en donde se avocaron a reconstruir relatos con el acierto metodológico de entrevistar a familiares de la persona adulta mayor internada -ya que la mayoría estaba diagnosticada con dependencia cognitiva severa- planteando con una magistral narrativa metodológica, como si de una sencilla receta de cocina se tratara, los pasos por los que los autores pudieron realizar la compilación de la

información y el posterior procesamiento de los datos cualitativos, plasmándolo con gran claridad en el capítulo de resultados.

La presentación de los resultados empieza con el *inicio de carrera* o ¿cuándo cambia el estatus; cuál es el evento detonante que nos hace empezar a perder la autonomía en la tercera edad? para posteriormente pasar a las *contingencias de carrera*, ¿qué lleva a nuestro tren de vida a una estación específica; qué situaciones operan como determinantes? Los autores apuntan en primera instancia hacia los vínculos afectivos, la culpa, el asumir el límite de fuerzas de quien cuida, lo que impide dar más atención a la persona dependiente y que conlleva a la necesidad de institucionalizarla, y una vez institucionalizada, la cercanía o lejanía de los familiares dependerá de los nexos amoroso y afectivos -o no- establecidos con antelación en la biografía de la persona dependiente y que ello lo definirá la “conciencia” de quien toma la decisión de la reclusión, con dilemas sobre el cómo te gustaría ser tratado en dicha situación, o qué te gustaría que hicieran por ti. Una especie de compasión humana, que va más allá del lazo familiar, y que se decide en el terreno de lo privado.

Meza y Escalera mencionan también el punto del Mandato jurídico, que corresponde más al terreno de lo público ya que por intermediación de terceras personas y bajo el amparo de la ley, por medio de amenazas, coacciones y sanciones, se naturaliza la obligación de responsabilizarse del familiar dependiente, y en las narrativas dan cuenta de historias que muestran lo complejo que puede resultar el estar implicado de la noche a la mañana en el cuidado de otra persona que no puede ya valerse por sí misma, aunque sea un familiar en 2ª generación, con obligatoriedad ante la ley, sin que medie ningún tipo de relación afectiva.

Ello se enlaza con otros elementos de conflicto, mencionados por los autores, en donde si a la dependencia cognitiva se le suman la física y económica, el panorama es marrón oscuro, en un país como México en donde el Estado constriñe cada vez más las políticas de bienestar social, dejando el peso total de la persona dependiente a la familia. Las narrativas más desgarradoras se aprecian en donde se constata que al no mediar un

lazo afectivo o compasivo mínimo sobre la persona dependiente, se llega al trato inhumano, o en las experiencias que describen la *transgresión*, cuando lo soportable se va tornando imposible, a donde ya no es suficiente el afecto, porque los recursos ya no son suficientes -ya sean físicos, emocionales, económicos entre otros- para continuar con el cuidado de la persona dependiente. Es posible que el aislamiento (causado por la dependencia) nos haga insoportables y que eso nos ponga en una situación de mayor aislamiento como una lemniscata, lo cual se puede agudizar si hay contextos difíciles, en donde las familias están aisladas, son pequeñas o poco articuladas, lo cual es común en el mundo contemporáneo.

En este sentido, me permito hacer un comparativo con lo que Laura Gutman (2009) menciona sobre que la crianza solitaria de niños y niñas pequeñas es sumamente extenuante y en muchas ocasiones violenta, aislante y deprimente, contrario a lo que ella denomina niños de “tribu” donde muchas otras personas apoyan e interactúan en los cuidados de menores, lo cual redundaría en crianzas más amorosas y humanizantes, para este caso en el otro extremo del ciclo vital, las personas adultas mayores, dependientes cuidadas en solitario resultan exasperantes, imposibles, lo cual pudiera cambiar al ser atendidas por redes familiares y sociales más extensas, algo así como ancianos (as) de tribus urbanas, Canadá y Japón están experimentando con éxito algunos programas sociales en donde propician la interacción de generaciones para afrontar a la soledad y al desamor, tanto de infantes como de población anciana. Los costos reducen al existir una preocupación real por la ciudadanía a lo largo de todo el ciclo vital.

Pero la realidad de este país es otra y es muy cruda, y ante la imposibilidad de poder cuidar de la otredad en solitario, surgen lo que Meza y Escalera denominan el *dilema moral*, lo cual define el hecho de que quien cuide sea transicional o definitivo, surgiendo el sistema de agentes y agencias y ello dependerá tanto de la situación personal de quien cuida (salud, redes de apoyo, recurso económicos) como del cansancio de la relación de cuidados con el adulto dependiente ya que, en muchas ocasiones, el propio estrés propicia

la transición hacia otro cuidador para evitar el maltrato.

No obstante, los autores hacen referencia a que no siempre es la familia en solitario quien decide la institucionalización; también puede ser por intermediación de personal médico o de trabajo social, al constatar el estrés que se puede vivir en torno al cuidado de la persona dependiente en cuestión.

Mencionan también cómo pueden ser a veces terceras personas las que llegan a denunciar el maltrato o el abandono de la persona dependiente, y en México si esas denuncias se hacen ante lo que se denomina agencia, en nuestro país la más propicia es el DIF (Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia) saltará al escenario el terrible conflicto de ganarse “la rifa del tigre”, ya que si el Estado mexicano vía el DIF adjudica la responsabilidad de cuidar al adulto dependiente aludiendo cuestiones de parentesco (p.e. un tío en 2º grado con quien hace décadas no se tenga contacto pero se pueda demostrar el parentesco y el abandono de éste por otros familiares más cercanos) de un día para otro, se puede tener una responsabilidad con la que no se contaba independientemente de la disponibilidad para asumirla; con lo que el Estado disimula la incapacidad y el desinterés sobre la población adulta mayor de este país en cuanto a políticas sociales se refiere, al transferir al familiar en turno el cuidado de la persona dependiente.

Sin embargo, si ya hacerse cargo de manera voluntaria de una persona adulta mayor dependiente puede generar todos los conflictos antes mencionados por Meza y Escalera; el que sea bajo “obligatoriedad jurídica” da en el punto nodal del problema contemporánea del quién cuidará a la otredad, enlazándose tres elementos de la modernidad: la mayor esperanza de vida (población mayor con más dependencias y discapacidades), la contracción del Estado en cuanto a seguridad con precarios recursos y la transición de la institucionalización por parte de la familia para la que ya no es “un deber ser” el cuidar de sus ancianos dependientes.

Caso más grave aún y que recuerda las pesadillas documentadas de la mayoría de las instituciones de

reclusión de siglos pasados -internados, cárceles, manicomios, conventos, orfanatos y reformatorios- es el de agencias no gubernamentales, algunas incluso de la iglesia católica, en donde la persona institucionalizada es aislada de sus familiares “para siempre”, sin ninguna posibilidad de contacto con el hacia afuera. Por tanto, (y es uno de los últimos apartados de este libro) surge el fuerte cuestionamiento ¿y la dignidad de las personas a lo largo de toda su vida, incluida la ancianidad?

Los autores son muy enfáticos en distinguir que a diferencia de los psiquiátricos, los ancianos institucionalizados pueden de acuerdo a las condiciones del contexto y el espacio donde estén internos, mejorar su situación vital, si por ejemplo, se atienden mejor sus problemas de salud, son espacios más limpios y armoniosos que sus propios hogares de procedencia o que si incluso ahí se les proveen más afecto y comunicación que el espacio de vida anterior, como si de menores en una buena guardería se tratase, agregaría yo.

Es posible que toda esta obra y sus conclusiones, sea una carta dedicada al Estado mexicano, (y posiblemente a otros Estados-Nación que están desmantelando el bienestar social) y sus políticas sociales para la tercera edad; las cuales como ya se ha dicho son insuficientes, faltas de recursos económicos, éticos, creativos y dignos a un sector que representa uno de los indicadores de desarrollo de un país al contar con un engrosamiento en su pirámide poblacional de personas mayores de 70 años de edad, lo cual irá en aumento y sobre la que urgen medidas humanas de protección y bienestar.

Pero además del mensaje para el Estado, este libro es un susurro al oído sobre aquello que como ciudadanía nos negamos a reconocer; la ancianidad propia, cercana, lejana o ajena. En un mundo donde la mercadotecnia pondera el juvenilismo como único estatus valioso de la especie humana; a costa de la salud física, mental, financiera y emocional de la población que como cantos de sirenas se embauca en la creencia de que el mañana no llegará y que al no pensar en el cómo será ese mañana, nos libremos de las consecuencias de tener una larga vida.

Pensar en la vejez, en la dependencia, en la precariedad nos deprime, nos angustia, nos convierte en seres desagradables, agoreros que cuestionan algo demasiado lejano. No obstante, y como bien apunta este libro, la biografía marca y define las condiciones a las que arribaremos al último andén antes de partir; así que bien cumple este trabajo de Meza y Escalera con el compromiso de hacernos reflexionar sobre el presente y el futuro; para no dejar de hacer con dignidad el viaje a lo largo de toda nuestra existencia, en donde al pensar en nuestro futuro, también podamos solidarizarnos con quienes nos necesiten en el presente, cuidar del otro, de la otra, también nos devuelve la posibilidad de aprender, de desarrollar nuestra humanidad, de conjurar demonios de la conciencia con los que no queremos lidiar en nuestra propia ancianidad.

Referencia

Gutman, Laura (2009) *La revolución de las madres. El desafío de nutrir a nuestros hijos*. Barcelona, Integral

